

Declaró Azcuy que dió más de 20 veces la voz de ¡Alto el fuego! sin que nadie le hiciera el menor caso

Violento troteo entre este testigo y Salabarría; dijo que existía en la Policía la más completa desorganización; 14 testigos a declarar; hoy empezará el juicio a las 1.30 p. m.

Por JOSE IGNACIO SOLIS de la Redacción del DIARIO DE LA MARINA

2-13-48-1
La vigésima segunda sesión del juicio oral de la causa del reparto Benítez comenzó a las diez y diez de la tarde, a pesar de que el presidente del Tribunal citara a las partes para la una y media. Sin embargo ayer se adelantó un poco, ya que depusieron once testigos, habiéndose renunciado tanto el fiscal como los letrados de la defensa a tres.

El testigo más importante de la sesión que comenzamos a reseñar, fue sin duda el comandante Abelardo Azcuy, que lleva treinta y seis años en el Cuerpo de la Policía, y que fue personaje principal en esta tragedia en que cayeron abatidos a balazos cinco hombres y una infeliz mujer, la esposa del comandante Antonio Morin Dopico, que también se encuentra encartado en esta causa.

EL COMANDANTE AZCUY DEPONE

Inmediatamente después que el coronel Julio Díaz Argüelles le exige el juramento de decir la verdad, el comandante Azcuy comienza su declaración con una voz tan imperceptible que hasta el fiscal sumo, los letrados de defensa y los periodistas que se encuentran en el sitio donde se celebró el juicio, tuvieron que acercarse hasta él para poder oírlo. Después de sus frases, por las que se le preguntó si se acuerda de la fecha y hora en que se declaró el fuego, el comandante Azcuy declaró que se acuerda perfectamente de la fecha del suceso.

Dijo el comandante Azcuy, contestando al fiscal, que todos tienen la culpa de los hechos, pero que los principales culpables lo son el coronel Pablo Ruiz Rojas y el comandante Salabarría, que fue llamado a la oficina de Inspección de la Policía para que se personara en el lugar de los hechos y que cuando llegó a las cercanías de la residencia del comandante Morin Dopico, se sucedían las ráfagas de arma de fuego. Agrega que todo el mundo trató de confundirlo, pues cuando preguntó a Benito Herrera, jefe de la Sección 6, a Hernández Vega, segundo de esa Sección, solamente le contestaban que de la casa de Morin estaban disparando.

Agrega que allí vivió al capitán Mariano Miguel a quien le preguntó dónde se hallaba el comandante Salabarría, contestándole que había estado por allí, «me moví de una esquina hacia la otra, hasta que llegué a la Calzada de Columbia y a, avanzando hasta la residencia del comandante Morin. Desde allí escuché insultos y palabrotas de la peor especie proferidos contra los moradores de la referida casa de Morin. Fue luego al campamento de Columbia y me puse a hablar con el general Cabrera, a quien le informé de lo que estaba ocurriendo a unos ochenta metros de la Ciudad Militar y más tarde regresé al lugar de los sucesos».

YA SE HABIAN RENDIDO

«Un ciudadano que por allí vi me informó que ya los hombres que estaban en la casa de Morin se habían rendido. Observé después y vi a Salabarría, creo que estaba hablando a los moradores para luego lanzarse a un ataque frontal. No perdía de vista a los atacantes. Durante ese tiempo el el jallo al fuego! distintas veces, creo que más de veinte veces. Se hizo una tregua y el comandante Salabarría poco después hacia dos o tres disparos. Era la consigna para que se iniciara nuevamente el tiro. Vi caer heridas a varias personas, entre éstas a la señora del comandante Morin. Allí vi a mi hijo a quien le pedí que sostuviera a la referida dama antes de que cayera. En ese momento, Emilio, mi hijo, estaba entre la vida y la muerte junto al capitán de la Casa, y allí mismo un tal Fallat le vació su ametralladora cuando estaba de rodillas y tenía en el cuerpo más de veinte balazos. Ya habían los atacantes matado a otro individuo. Este era el teniente Padierne. Yo no vi caer al referido oficial, quien lo vió y me contó el hecho. Fue mi chófer, que me narró también que quien había dado muerte al referido teniente Padierne lo había sido el teniente Pérez Dulzaides».

INCREPE AL COMANDANTE

Impávido, con voz excesivamente baja, el comandante Azcuy sigue declarando. Manifiesta que había increpado al comandante Salabarría porque no le hacía caso a las voces de que cesara el fuego que él estaba profiriendo. «Salabarría dijo el testigo— me contestó airado, con voz rapidísima, que quería que yo supiera que las fuerzas que estaban bajo su mando se las había puesto el propio jefe de la policía».

No recuerda el testigo si uno de los atacantes lo entañó con una ametralladora. Debido a la gran confusión que había en esos momentos. Agrega que después de las muertes ocurridas en la calle de Landeira, y que luego vió a Salabarría arrestado.

LOS PRINCIPALES ATACANTES

A otras preguntas que se le formularon al testigo sobre quienes fueron los principales atacantes, éste se levantó de su asiento y miró a todos

los presentes en la Pág. VENTICUATRO

DECLARO AZCUY QUE DIO MAS...

2-13-48-24

(Continuación de la Pág. PRIMERA)

dos los acusados. El cabo Sabater fue uno de los principales, disparaba a todos lados. Al teniente Pérez Dulzaides lo vi sacarse sobre un agonizante. El cabo Larín no disparó. El vigilante glorioso Hernández disparaba a diestro y siniestro. Al capitán Miguel no lo vi disparando. Estaba con un rifle, pero no lo disparaba. Fue el capitán Miguel quien me condujo más tarde en un automóvil.

ANOMALIAS EN EL CUERPO POLICIACO

Contesta a otras preguntas el testigo y declara que en el Cuerpo de la Policía no había disciplina y que pudo ver en ciertas ocasiones que algunos de sus jefes se dedicaban al agio y a la especulación, tal como puede comprobar en cierta ocasión frente a una fábrica de cemento. Dijo también que había dado consejos a algunos oficiales sobre la manera de comportarse, pero que los consejos nunca habían dado resultado, y asegura que en cierta ocasión le dió cuenta a los otros jefes militares de Columbia sobre las cosas que estaban ocurriendo en la policía. «Los acusados que aquí se encuentran han caído en el abismo», dijo con pena.

Sobre rivalidades entre ciertos jefes, añadió, si que existía una rivalidad por la posesión de un edificio para la Academia de la Policía, pero que nada conocía a las órdenes que daba el comandante Salabarría eran obedecidas a pies juntillas por el jefe, Pablo Ruiz Rojas.

OTROS DETALLES DE LOS HECHOS

Aseguró el testigo comandante Azcuy que tan pronto como llegaron las fuerzas del Ejército y los tanques de Landeira, toda aquella gente que atacó la residencia de Morin se fue con la misma velocidad con que antes había matado a sus moradores. Ni un instante presentaron batalla a los soldados. Y agrega que él trató en todos los momentos de dar protección a los moradores de la casa de Morin.

Narra después que ignoraba que se había dado un orden de detención contra Emilio Tro, y a otra pregunta contesta manifestando que en las reuniones que periódicamente eran citados los jefes de la policía, nunca asistían ni Salabarría ni Miguel. Y dice también que nunca el se tiró en el suelo para evitar una ráfaga de ametralladora, como había dicho un testigo que depusiera antes de ayer ante el Tribunal de Guerra. También explicó a una pregunta del letrado Salas Silveira, que era muy posible que el cabo Larín y otro vigilante lo ayudaran a apagar el fuego que había en la casa, pues él había solicitado los servicios de dos hombres de uniforme que a su lado había.

«Fue el jefe de la policía por el lugar de los sucesos», preguntó un letrado.

«El coronel Ruiz Rojas no estuvo ni un instante por allí, a pesar de que yo mismo dije el testigo— había con él desde el Campamento de Columbia, desde el mismo despacho del general Cabrera».

UN INCIDENTE Y UN CAREO

Se levanta el comandante Salabarría y pide permiso para hablar con el coronel Díaz Argüelles. Este se le da. El comandante Salabarría le dice que detrás suyo, entre el público, varias personas lo tienen acoso a insultos y gestos. Seguidamente se levanta el comandante Morin y le pide al presidente del Tribunal que le permita que amistado del comandante Salabarría les haga señas despreciativas. El coronel Díaz Argüelles amenaza con expulsar de la Sala a los que infrinjan las reglas y el incidente termina dentro de un enorme murmullo.

Poco después el comandante Salabarría, por el conducto de su abogado defensor, solicita del Tribunal sostener un careo con el comandante Azcuy. El careo es concedido. El comandante Azcuy se levanta frente al Tribunal. Frente a él encuentra el comandante Salabarría, visiblemente molesto.

Comienza el careo. Salabarría.— Cuando sucedieron las muertes, usted, comandante Azcuy, ¿no estaba en el portal de la casa del comandante Morin? ¿Cómo, pues, me pudo ver si yo estaba en la calle? ¿Cómo es que yo disparé tres veces para que comenzara nuevamente la balacera? Azcuy.— Fue la señal convenida por usted, comandante.

Salabarría.— Nadie en el mundo, ni usted ni este Tribunal, podía co-

nocer mi pensamiento en esos momentos. Usted lo único que ha hecho es traer un disco aprendido ante la Sala.

Díaz Argüelles.— ¿Usted lo vió tirar, comandante Azcuy?

Azcuy.— Sí, lo vi tirar.

Díaz Argüelles.— Terminado el careo.

El comandante Salabarría volvió a su asiento rojo, frenético de ira.

LOS DEMAS TESTIGOS

El sargento de la policía, suspenso de empleo y sueldo, Rubén Barrio González, dijo que fue espontáneamente al lugar de los hechos. Acusa a la mayoría de los presuntos atacantes de la residencia de Morin. Asegura que vió cuando caían todos los moradores de la residencia del comandante Morin abatidos por las ráfagas de ametralladoras.

Juan Moreno Pérez y su esposa y Oduluis Bellín Arias, declaran uno detrás del otro. Tienen en las cercanías de la residencia de Morin una «guarapera». Dijeron que vieron, el día de los hechos a Salabarría y al Turquito bajarse frente a su establecimiento, y que al notar que llevaban sendas ametralladoras en las manos se dijeron: «Vámonos para dentro porque aquí va a pasar algo». Efectivamente, luego estuvieron oyendo los disparos por más de dos horas. El matrimonio se escondió al fondo de su casa, dentro de una fosa.

Seguidamente, y también uno detrás del otro depuso una familia de tres: José Manuel Izquierdo y María y Cristina Izquierdo. Los dos primeros eran tan sordos que tuvieron que depone al mismo lado de las mesas del fiscal y los letrados. Dijeron que se habían dado cuenta de que algo grave estaba pasando. Que no vieron nada y que durante toda la balacera la pasaron encerrados y en el suelo del baño de su casa. Hasta el suero. Tribunal Militar tuvo que salir al ver que los testigos les costaba trabajo contestar debidamente a las interrogaciones que se les hacían, porque eran como tapias.

MANUEL DIAZ GONZALEZ

Manuel Díaz González es enfermero. Perdió a un hermano suyo—Alberto—en la balacera. Acusa al capitán Miguel de haber disparado contra aquél. Se contradice varias veces. El letrado Rodríguez Valdez solicita del Tribunal poder mostrar su contradicción, pues lo que declaró el testigo ante el juez investigador y lo que acaba de deponer en ese momento son versiones absolutamente opuestas. El Tribunal accede y el secretario, teniente López Miranda lee la declaración firmada por el testigo, es decir, la sumarial, que es la de mayor importancia en todo juicio.

«Fojas 520. «El hermano de Alberto Díaz González—Alberto—fue el que falleció a consecuencia de las heridas recibidas—declaró ante el oficial investigador y dijo: que en ocasión de estar asistiendo a su expresado hermano, trató por varias ocasiones que éste le dijera quién era el que le había tirado, y notando que se ponía muy nervioso no insistió en su pregunta, pero que en la noche anterior a su fallecimiento y siendo la una de la madrugada hubo de acercarse insistiendo sobre este particular, por lo que su hermano, poniéndose la mano y señalándole con tres dedos sobre el hombro, balbuceó un nombre ininteligible primero, y después Miguel. Que dicho esto no pudo continuar interrogándolo por su estado de gravedad, entendiéndose el testigo que con esta seña y nombre pronunciado, se refería al capitán (Mariano Miguel Rivero».

LA VIUDA DE PUERTAS LLERO

Vestida de negro, muy emocionada, aguantando los sollozos, declaró la señora Encarnación Roca Quezada, viuda del teniente Puertas Llero. Dijo que «soy enemiga de todos (llora) porque entre todos me metieron a mi esposo». Agrega que su esposo se enteró de los hechos por radio. Ellos eran amigos del comandante Morin, que había sido el testigo de su boda. Que su marido el día de los sucesos no salió con uniforme, pero llevó el carnet, su revólver de reglamento y su chapa de policía. «Se enteró de la muerte de su esposo por la mujer de Raynero Rodríguez, que fue a su casa para decirle que había matado a Puertas y a su esposo».

OTROS TESTIGOS

Depusieron también ante el Tribunal el sargento Felipe González de la Segunda Estación de la Policía que no dió mayores luces al proceso; el cabo Rigoberto Miranda, también de la Policía, que fue subalterno del comandante Morin, que nada vio porque se encontraba muy apartado del lugar de los hechos y por último el civil Wenceslao Mora, que vió parte de los hechos, contradiciéndose en varias ocasiones.

Hoy continúa el juicio a las once y media de la tarde.